

Conversación con Soledad Ortega

AQUEL FILOSOFO ERA TAMBIEN UN HOMBRE

VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO

UNA tarde de hace sesenta y tantos años, estaban Azorín y Juan Ramón en la Librería Alemana de Madrid. Azorín «con un *Espectador* en la mano mencada», decía: «Monstruo en su laberinto.» Y, entonces, Juan Ramón Jiménez, con mogaerena viveza, atajaba la amagada maledicencia: «Sí, laberinto de laureles.»

El monstruo era don José Ortega y Gasset a quien —según Juan Ramón— le traicionaba «el bulto del corazón, su contrabando noble, parejo del de su voluntad»... Esa voluntad se había forjado en la pedagogía ignaciana del colegio de Miraflores del Palo, en Málaga, y luego la templó Hermann Cohen con los amenos rigores del neokantismo, en Marburgo: la fortaleza alemana donde resistían entonces los diadocos de don Immanuel Kant y donde Cohen era el alcaide.

El corazón lo tuvo siempre en España, y por eso, como él dijera, padeció «la obsesión de España como problema»... Julián Marías —uno de los más notorios diadocos del orteguismo— ha dicho de Ortega que es «el máximo filósofo español». Y fue,

sin duda, un filósofo español al máximo («yo sentía mi ser de tal modo identificado con mi nación, que sus necesidades eran mis apetitos, mis hambres»). Pero los españoles sabemos poco de la vida personal de quien tanto se ocupó de nuestra personalidad histórica. Por Ortega y por los orteguianos —mucho más orteguianos que el mismo Ortega— hemos aprendido todo eso del yo y su circunstancia, del perspectivismo, del raciovitalismo, de la vida como realidad radical... pero poco sabemos de la realidad cotidiana de su vida, de Ortega y la gente, del individuo Ortega, de ese «tropol de hechos pululantes e inconexos» que forman la vida individual... Se me dirá que él no quiso hablar de sí mismo (apenas en el «*Prólogo para alemanes*»). Pues muy bien.

A mí me resulta cuando menos chocante que sepamos más de la vida privada de Nicolás Maquiavelo (italiano del siglo XV-XVI), que de la de José Ortega y Gasset (español del siglo XX). Acaso cuando se edite todo el epistolario de Ortega podamos enterarnos de cosas semejantes a las que el florentino contaba a Vernacci, Vettori o Guicciardini... Y acaso no, porque Ortega era más pudoroso que Maquiavelo.

Para hablar, entre otras cosas, de la vida cotidiana de Ortega fui a ver a su hija Soledad, presidente vitalicia de la Fundación José Ortega y Gasset y directora de la nueva *Revista de Occidente*, en un soleado día de diciembre. La Fundación y su Revista están en la calle Génova, frente a la casa donde naciera José Antonio Primo de Rivera (que en otro diciembre de 1935 hizo a Ortega su homenaje y su reproche).

Está la Fundación en un piso antiguo y un sí es no es señorial y Soledad Ortega (nada antigua y «sí muy siglo XX» y muy señorial) en una sala ilustrada con fotografías del filósofo. Hay también unas cuartillas autógrafas, las Obras Completas, el Espasa, otros diccionarios, diversas estatuillas de búhos (el animal totémico de Ortega, el búho de Minerva que, según nuestro común amigo Hegel iniciaba su vuelo al atardecer... El que volaba a esa hora del lubricán era el



Fotografía hasta ahora inédita y que publicamos por cortesía de la Fundación J. O. y G.... En ella aparece Ortega con sus compañeros del Colegio malagueño, ya en clara actitud facial de filósofo, como puede verse en la ampliación.





Soledad Ortega en la Fundación. En la fotografía de la pared está su padre en una imagen muy característica.

pájaro y no Ortega, claro). En otra habitación el Archivo de Ediciones de José Ortega y Gasset y allí trabaja Paulino Garagorri, que no estaba aquella mañana. Sí estaban, como siempre, algunas fotografías antiguas. En una del colegio malagueño aparece Ortega con una espectacular cabellera (que haría las delicias predatorias del mismísimo Sitting Bull) y ya con la mano sobre la mejilla, en profética actitud meditadora: nada tiene de extraño, pues, que luego escribiera *Historia como sistema*. En otra posterior lo vemos sentado al volante de su automóvil, marca «Georges Irat»; la foto lleva dedicatoria latínocastellana: «A Manolo García Morente, pius, largus atque facetus. Fraternalmente Ortega, 1926...»

Soledad Ortega habla con orteguiana precisión de las tareas de la Fundación, editora de la *Revista de Occidente* («balcón informativo de los problemas actuales», con una fórmula «que no es la divulgación y que tampoco es el especialismo», en busca de «un diálogo interdisciplinario» cada vez más necesario por la creciente complejidad de los diversos saberes).

Quiere también la Fundación hacer una edición crítica y cuidada de las obras completas de Ortega, superadora de la de Obras, hecha en 1932, por Espasa, y de las posteriores —ya tituladas Obras Completas— de Revista de Occidente, que continuaban las realizadas con algo de desenfado por Fernando Vela y el mismo Ortega («el propio autor siempre tiene menos respeto por su obra que los demás»). La Fundación tiene a Soledad como presidente vitalicio y un como Senado formado por los patronos: Julián Marías, Paulino Garagorri, Luis Díez del Corral, Juan Lladó, Emilio Gómez Orbaneja, Jaime Benítez, Ramón Xirau, José Vergara, Joaquín Garrigues y Díaz-Cañabate, J. A. Muñoz Rojas, Emilio García Gómez, José Varela Ortega, Javier Gómez Navarro, Manuel Fernández Miranda, grupo que se ampliará con otros jóvenes que puedan continuar la obra de la Fundación J. O. y G.

Orteguianos, hijos de orteguianos, amigos pertenecientes al Banco Urquijo («que fueron los que impulsaron esto»)... «La Fundación tiene una misión primordial que es la de contri-

buir a la perduración y difusión del pensamiento de Ortega, naturalmente, pero luego contribuir también a la vida y a la revitalización de lo que constituyó su mundo cultural, el mundo en que se insertó. Por eso nosotros queremos hacer labor de posgrado, de investigación y de formación de investigadores, de seminarios y de trabajos de investigación... en las materias que él abarcó y que nosotros podemos abarcar que son humanidades y ciencias sociales...» Después de algunos viajes a Latinoamérica Soledad vio «la huella de mi padre en esos países» y entonces «comprendí que era una obligación el tratar de establecer una conexión más fluida y más directa y más eficaz y más auténtica entre España y esos países».

En alguna ocasión, en una conferencia en Valladolid, Soledad ha recordado la vida de su padre, la casa de El Escorial, calentada por una estufa y unos braseros. Le quedó esa costumbre y luego, en Alemania, casi al final de su vida, instalado en el Bayerischerhoff de Munich, el gerente del hotel tenía que cortar la calefacción de su habitación y colocarle una estufilla eléctrica... Los continuos paseos paternos por los pasillos de las casas donde vivió («en su vida excesivamente sedentaria representaban estos paseos caseros una forma de ejercicio, y así toda su vida buscará casas de pasillos largos»); eran paseos para la meditación. Una vez tuvo curiosidad por saber la distancia que recorría y se compró un podómetro... Las sucesivas casas de Ortega acaban invadidas por los libros y las mesas y sillas por papeles y revistas. Al archivar su hija los papeles a la muerte de Ortega, encontró «en cajas, en baúles, en armarios, entre los libros» paquetes con letreros tales como: «lo que estaba encima de tal mesa» o «detrás de tal mueble»... Cuando la hija, ya adolescente, quiso ayudar al padre a poner orden «en aquella selva virgen de papeles y libros que amenazaba con enterrarnos» tuvo que dejarlo. Ortega le decía: «Es que tú tienes el orden geométrico y yo tengo el orden vital.» Y como Ortega llenaba todo acabó por escribir casi su obra completa en las mesas de los comedores... Comenta la hija: «¡Gran hallazgo! ¡Una mesa siempre libre! Porque, comer, la familia tenía que comer y, por lo tanto, el escritor se veía obligado a retirar sus bártulos por lo menos dos veces al día.» Sobre los libros tenía un caimán de mediano

Conversación con Soledad Ortega

tamaño disecado y una especie de tortuga («un tatú carreta») que trajo de su primer viaje a la Argentina en 1916. Soledad recuerda que cuando, medio apollado, sacó el disecado caimán de la buhardilla, llevaba todavía las riendas que le colocaban sus hermanos para usarlo como caballo en sus juegos infantiles... Cuando Julio Caro Baroja era niño y su tío Pío le llevaba con él los domingos a comer a casa de los Ortega, el caimán disecado le producía una gran admiración. Los niños —José, Julio y Soledad— jugaban por los pasillos, mientras el novelista y el filósofo pasaban la tarde de conversación en el despacho. Ortega murió en 1955, un año antes que Baroja. Entonces éste —ochentón con flecos— escribió en *ABC*: «Recuerdo a Ortega muy joven, casi adolescente, a comienzos de este siglo o a fines del anterior. Hablaba ya con una dignidad y una autoridad extraordinarias. No recuerdo a otro que se le pueda comparar...»

* * *

—*Sus padres se casaron el 7 de abril de 1910.*

—¡Qué bien se lo sabe! Sí. En 1910. Aquí, en la Plaza de Colón.

—*Su padre había nacido en la Plaza de la Independencia, ¿no?*

—No. Había nacido en Alfonso XII, 4, donde han puesto la placa.

—*¿En qué iglesia se casaron?*

—Se casaron en casa. En la Plaza de Colón, donde están ahora las torres éstas de Colón, había una casa, cuya fotografía hice yo antes de que la tirasen. Y, como mi abuelo, que era del Cuerpo jurídico de la Armada, era marino, mi abuelo Spottorno, tenía capilla...

—*¿Spottorno es un apellido italiano?*

—Sí, italiano.

—*Y, ¿cuánto tiempo llevaba la familia aquí en España?*

—No mucho. Yo creo que el abuelo de mi abuelo había venido del golfo de Génova. Además, ellos estaban entroncados con medio alemanes, con arios, éstos de la región de Checoslovaquia, de los sudetes, que luego se anexionó Hitler... De modo que eran extranjeros de origen, pero se afincaron en Cartagena de una manera apasionada, porque eran los cartagenos más apasionados del mundo.

—*¿Y, cómo es que sus padres se casaron en casa?*

—Se casaron en una capilla particular. Mi padre, que no era nada anticlerical, no se expresaba nunca de una manera anticlerical ni nada de eso, era una persona honesta y sería en sus posiciones y todos los actos de

su vida, sin hacer de ello ostentación, tenían que...

—*Que ser católicos, como él dijo una vez.*

—Eso es. Entonces él desenterró del Derecho Canónico una fórmula de matrimonio de cónyuge agnóstico con cónyuge católico, y esa es la que realizaron ellos. ¡Que no se notaba nada! Yo creo que mis abuelos por ambas partes —sobre todo los padres de mi padre, que son los que eran muy católicos— no se enteraron de nada, porque en la ceremonia no se percibía.

—*¿Dónde vivieron, después de casados?*

—En Zurbano, 22. Y ahí nací yo y también mi hermano José.

—*Pero, antes en Alemania, nació Miguel...*

—Sí, el mayor.

—*Según cuenta en Prólogo para alemanes...*

—En Marburg.

—*Sí, en Marburgo, en 1911. De Zurbano fueron a Serrano.*

—Serrano, esquina a Marqués de Villamejor.

Los padres ante su prole

—*Su infancia transcurre en Serrano.*

—Sí.

—*Julio Caro cuenta: «Ortega y su mujer, doña Rosa, han sido de los padres que he conocido yo con un amor más tierno y solícito por su prole.»*

—Mi padre era muy entrañable y mi madre era muy niñera.

—*¿Su padre jugaba mucho con ustedes?*

—Bueno, no tenía tiempo, pero era muy de gustarle los niños y de ponerse a su altura, de estar pendiente de sus pensamientos...

—*Usted, la primera imagen que tiene de su padre es cuando éste tiene ya treinta y tantos años, ¿tenía bigote entonces?*

—Tuvo de todo: tuvo bigote, tuvo barba en un cierto momento...

—*Sí. ¿Recuerda usted a Baroja cuando iba por allí?*

—A Baroja lo recuerdo perfectamente. Además venía a nuestra casa de Zumaya, en verano, venía siempre unos días. Y mi hermano José solía ir a Vera, a casa de los Baroja, pues también a pasar unos días con Julio.

—*Julio cuenta que jugaban ustedes y se disfrazaban: usted de dama medieval; José de Fausto, y él de turco.*

—De todo nos disfrazábamos, porque mi madre era muy niñera y sabía jugar muy bien con los niños. Nos

hacia cincuenta mil combinaciones en unos pisos relativamente pequeños, llenos de libros, ¡figúrese!, en las modestas casas de la clase media española...

—*Bueno, su padre era clase media modesta relativa. Era burguesía ilustrada.*

—Ilustrada, sí. Pero desde el punto de vista económico...

—*Había tenido un tío ministro, un padre director de El Imparcial...*

—Eso sí. Los dos —mi padre y mi madre— provenían de familias muy relacionadas y semejantes, de esa alta burguesía española metida en la política y en la dirección del país, y en ese sentido tenían todas las puertas abiertas y todas las facilidades... Ahora: en ese tipo de familias había desaparecido el dinero. Los que habían tenido una cierta fortuna, cuando los que pudiéramos llamar generación del catorce llegaron a funcionar en la vida, sus familias estaban arruinadas ya, y ellos tuvieron que partir exclusivamente de sus propios medios. Lo digo yo porque es el mismo caso de Pérez de Ayala, el mismo caso de Marañón, todos de familias muy parecidas y muy relacionadas. Así como en la generación anterior, no. Galdós, que yo he estudiado bastante, por ejemplo, tenía una cierta fortuna. Se produjo ahí un quiebro, y habrá razones socioeconómicas que los economistas sabrán. Esa burguesía perdió los medios económicos que tuviera.

—*Su padre tuvo coche.*

—En cuanto pudo ahorrar algo, lo primero que se compró fue un coche.

—*¿De qué marca era?*

—Del primero no me acuerdo. Me acuerdo de uno que era una marca francesa, que luego no se ha repetido, un «Georges Irat». El, incluso, aprendió a conducir, pretendiendo, naturalmente, ahorrarse el «chauffeur», pero se distraía terriblemente y una vez se fue contra un árbol y tuvo que renunciar a conducir. Y tuvo un «chaffeur» años y años, un eibarrés...

—*Tiene un ensayo sobre La moral del automóvil en España, creo recordar.*

—Tenía el entusiasmo de conocer España y empezaron en seguida a hacer excursiones: era su único lujo y su única diversión. Pero eso con grandes dificultades económicas. Fíjese lo que era sacar adelante una familia partiendo solamente de la cátedra y de la pluma. Siempre me acuerdo —porque en París, en la emigración es cuando hicimos a nuestros padres contarnos más cosas— y yo me acuerdo que le daba cuerda a don Gregorio Marañón y a Lola Marañón y le daba cuerda a mi padre. Y empezaron la vida, una vez casados,



Reunión de orteguianos y amigos en casa del doctor Hernando (otoño, 1959). De izquierda a derecha y de pie: Ulpiano Ruiz Rivas (yerno del doctor), Miguel Ortega Spottorno, José Gasset Ulzurrun, Julián Marías, José Tudela, Félix Cifuentes, el fotógrafo Muller y Luis Hernando (hijo del doctor)... Sentados: José Ortega Spottorno (cortado en la fotografía), Fernando Vela, Julio Caro Baroja, Lain Entralgo, el editor Ruiz Castillo, Teófilo Hernando y Paulino Garagorri.

mi padre con quinientas pesetas de la cátedra y Marañón con trescientas pesetas.

-Tenía dos cátedras: la de *Metafísica en la Universidad*, y la de la *Escuela Normal*.

-No. Primero tuvo cátedra en la Escuela Normal. Y luego opositó a la cátedra de Salmerón, y tuvo esa cátedra nada más.

El Escorial

-De joven veraneaba en Córdoba.

-Bueno, ellos hacían una combinación rarísima por las razones del periódico: pasaban el verano en Madrid; y el invierno en Málaga y Córdoba. Mis abuelos hicieron una casa en Córdoba, que es la casa de la calle de Moriles, que luego se compró Manolite y que es donde está el museo. Tengo hasta las cuentas de la obra.

-Después Ortega... Bueno, le voy a llamar Ortega...

-Sí, claro, claro...

-Bien, pues, después Ortega iba a El Escorial.

-Ellos tuvieron muy pronto una práctica que lo era también de esa burguesía madrileña, llámela usted alta si quiere, pero siempre de muy pocos medios, que era ser inquilinos del patrimonio real. Y entonces todas esas casas de los estamentos reales que rodeaban el monasterio, divididas en pisos interiores, estaban alquiladas a gente de Madrid de ese tipo: familias conocidas, los Calonge, los Gasset, etcétera. Nosotros hemos sido inquilinos del patrimonio durante cien años. Yo fui la última titular del piso que, después de la guerra, inmediatamente, nos echaron en cuarenta y

ocho horas, dieron un ukase para que abandonáramos esos pisos. Nos dieron cuarenta y ocho horas, cuando no había ni camiones ni nada, para llevarnos los trastos...

-Hay una carta de Juan Ramón a su madre, cuando Juan Ramón estaba en la *Residencia de Estudiantes*, donde dice: «Tal vez el año próximo me vaya con Ortega a El Escorial...». No sé si llegaría a ir.

-Mi padre, cuando quería escribir su primer libro...

-Las *Meditaciones*...

-Sí, *Meditaciones del Quijote*. Entonces se fue un año entero a El Escorial, acumuló las clases de la Universidad en dos días o tres de la semana y el resto del tiempo lo pasaba en El Escorial. Tomaba su tren y entonces nosotros vivíamos allí.

-De su abuelo, Ortega Munilla, muerto en el año veintidós, ¿se acuerda?

-Sí, sí, claro.

-¿Y de su tío Eduardo?

-Le he visto, fíjese, muy poco antes de morir. Porque después de muchos años de emigración en Cuba y luego en Venezuela, que es donde murió, pues vino a pronunciar el discurso de clausura de uno de esos actos de «Libertad para España» y tal, que se hizo en Roma. Y con sus ochenta años se atravesó el Atlántico en avión. Y entonces, mi madre y yo nos fuimos a París a verlo. Murió poco después que mi padre.

-¿Dónde estudió usted?

-Estudié en el Instituto Escuela.

-Y en la Facultad de Filosofía, ¿en qué año entra?

-Entré, entré, creo que por el treinta-treinta y uno...

-En San Bernardo.

-Sí. Creo que he cogido todavía en San Bernardo los jaleos finales de Primo de Rivera.

-Su padre renunció a la cátedra, entonces, el año 1929.

-Al año siguiente de yo empezar se promulgó el Plan Morente, que se llamó; con Morente de decano y se estrenó el edificio de Filosofía y Letras de la Ciudad Universitaria.

-¿Quiénes fueron sus compañeros? Julián Marías, Paulino Garagorri...

-Marías; Paulino Garagorri es un poco menor que nosotros...

-Y Julio Caro.

-Julio Caro tiene nueve meses menos que yo, y Paulino Garagorri por lo menos año y pico menos. Y no le dio tiempo a terminar la carrera y terminaron después. Los que terminamos justo en junio del treinta y seis fuimos Julián Marías, Luis Rosales, Luis Felipe Vivanco.

-Vivanco, ¿hizo Filosofía, además de arquitectura?

-Sí. O iba mucho por la Facultad, no le puedo a usted asegurar que se examinara... También Tovar, naturalmente, Antonio Tovar; Martín Almagro había terminado antes.

-¿Qué relación tuvo usted con su padre como profesor?

-Ninguna. Yo hice Historia Medieval, con don Claudio Sánchez-Albornoz.

-Es decir, que no asistió a clases de su padre.

-No. Mi padre, en eso, además tenía una especie de razones como sanitarias; y, en la familia, ni en general, asistíamos a sus clases ni, desde luego, a las conferencias, salvo nosotros un poco más. Pero, desde luego, mi madre en absoluto; y no porque no le interesaran, sino porque

Conversación con Soledad Ortega

a mi padre le parecía siempre un espectáculo como lamentable el de las señoras escuchando al marido.

-Pero si hablarían en casa de sus obras...

-Claro, naturalmente, la convivencia en casa era muy grata y hablábamos de todo.

Los amigos

-Además de Baroja, ¿a quién recuerda que fuera por su casa? A Marañón, por supuesto...

-Marañón era muy amigo, Pérez de Ayala, el doctor Hernando.

-Don Teófilo Hernando... Y Juan Ramón, ¿iba mucho?

-Cuando éramos muy niños. Después ya, con sus manías y sus cosas, se fue distanciando más... Luego aquel geógrafo Dantín Cereceda.

-Claro, claro...

-Don Domingo Barnés, que también era compañero de excursiones...

-Zuloaga, ¿iba mucho?

-Con Zuloaga nos veíamos mucho en verano, porque íbamos a Zumaya, y mi padre convivía mucho con Zuloaga. Además, jugaban a la pelota, jugaban al frontón, toreaban alguna vez.

-¿Y a Domingo Ortega y a Belmonte, los recuerda?

-Domingo Ortega ya viene más tarde, porque es un hombre más joven. Belmonte en esa época fue a Zumaya a veranear y tuvo mucha amistad con Zuloaga y con mi padre.

-En toda esa época seguía viviendo en Serrano ¿no?

-Seguimos en Serrano hasta el año veintiocho. Entonces nos mudamos a la calle de Velázquez. Fue el segundo viaje de mi padre a la Argentina. Durante ese tiempo mi hermano el mayor tuvo una pequeña lesión de pulmón y entonces nos fuimos a Aravaca. Y de allí salió la posibilidad de tener un piso de unos amigos, ya un poco más grande, porque el piso de Serrano nos venía pequeño sobre todo por la cantidad de libros, y nos trasladamos a Velázquez 120, que ahora no es 120, entre Diego de León y General Oraa.

-¿Llegaron a vivir en el Viso?

-Sí, sí, después de eso nos mudamos al Viso. Metieron a mi padre que entrara en eso, que era una cosa también muy barata, de gran ayuda a los intelectuales de entonces... No había ni que pagar una entrada, una cosa increíble: se pagaban 500 pesetas mensuales y se encontraba uno con una casa de esas. Y allí estuvimos bien. Lo que pasa es que ya fue la última época y ya, claro, mi padre

empezó a ponerse nervioso por como iban las cosas en España...

-Allí fueron hacia el año treinta y tres.

-Sí, sí.

-El domicilio siguiente en España, después de la guerra ya, fue en Montesquín.

-El domicilio de mi padre luego fue Lisboa, en la avenida de 5 de Outubro, y Montesquín fue como un apeadero. Pero él vivía en Lisboa.

-Donde primero vivió, al irse de España, fue en el pueblo éste holandés que está cerca de Leiden... no me acuerdo nunca de cómo se pronuncia...

-Bueno, pero eso fue antes en el tiempo de París. Nosotros vivíamos en París. Estuvimos tres años, pero estuvimos tres meses en Oegstgeest...

-El lo cuenta en el «Epílogo para ingleses» de «La rebelión de la masas». Dice: «en un paisaje holandés, a dónde el destino me había centrifugado».

-Todo eso lo quiero yo contar en una biografía fotográfica de mi padre, que quiero hacer, que quiero que me dejen hacerla a ver si termino con todo lo que tengo aquí...

-¿Esto le da mucho trabajo?

-Me da mucho trabajo porque ha sido crear de la nada un...

-Usted lleva la Fundación y la Revista.

-Sí... y no hay más capital que el nombre.

-La Fundación, aparte de la «Revista de Occidente»...

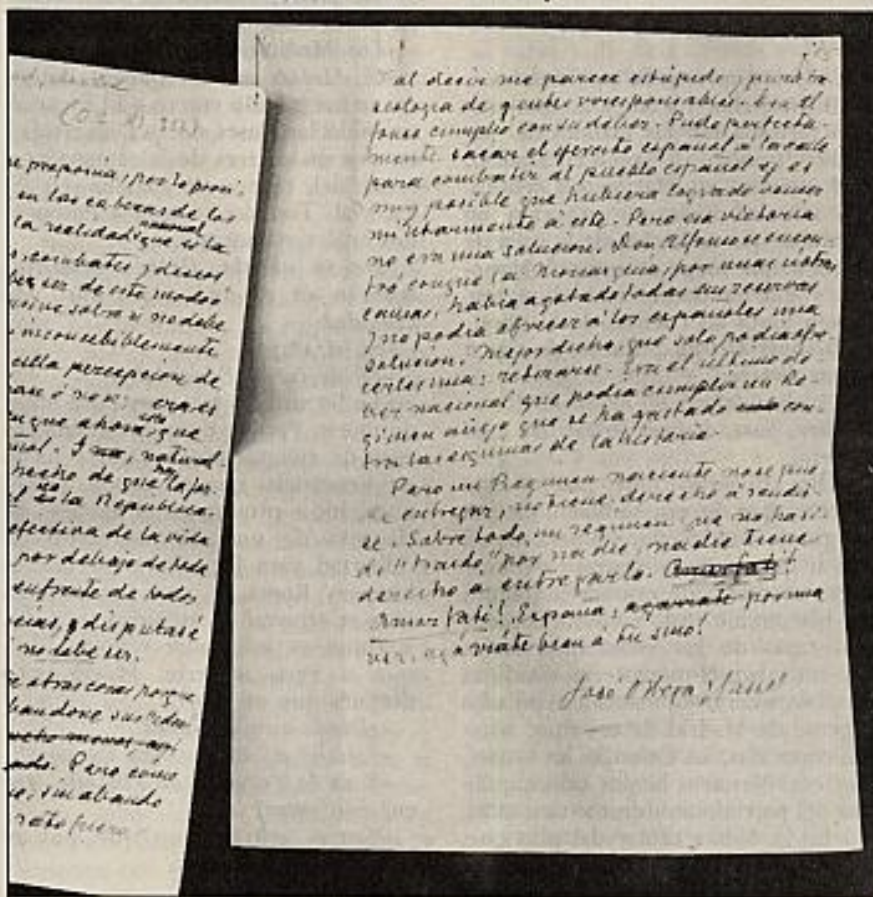
-La Fundación está empeñada en realizar trabajo de post-grado, universitario de post-grado. Es decir: mi padre en «Misión de la Universidad» dice que la tercera fase de la Universidad tiene que ser la investigación científica y la creación o la educación de nuevos hombres de ciencia. Eso es lo que la Universidad española no ha podido abordar casi nunca...

-La Junta de Ampliación de Estudios, si fue eso en parte...

-Claro, claro: eso fue la Junta y eso ha pretendido ser el Consejo Superior de Investigaciones Científicas... Cualquiera ayuda particular o cómo sea de ese tipo, en un país que ya tiene una cierta riqueza cultural, pues es necesario. Todos los países del mundo están llenos de iniciativa privada. Mire usted lo que está haciendo la Fundación March...

-Lo está haciendo muy bien...

Manuscrito de J. O. y G. Es un artículo para «El Sol», del 9-XII-1933, titulado «En nombre de la nación, claridad». Ortega escribió siempre con plumilla y tintero. Su primera estilográfica data de los tiempos del exilio.



-Claro, es toda una parauniversidad. Y eso es lo que estamos intentando nosotros en la Fundación José Ortega y Gasset.

-Claro que los medios que tienen ustedes no son los de la Fundación March.

-Son pequeñísimos. Tenemos la convocatoria del nombre... Estamos trabajando, vamos a tener un edificio, vamos a colocar allí la biblioteca y el archivo...

-Aquí en este edificio también vive su hijo José Varela Ortega.

-Bueno, eso es una casualidad.

-Su hijo estudió en Oxford con Raymond Carr.

-Sí, es historiador.

-Hizo el libro «Los amigos políticos».

-Sí. Y ahora está trabajando en «Militares y política».

-¿Dónde es profesor ahora?

-En la UNED.

La República

-Ahora, en la «Revista de Occidente» han sacado un número extraordinario sobre la Segunda República ¿usted se acuerda del día de la proclamación?

-Vivíamos en Velázquez y no sé qué había pasado que me habían dejado sola. Mi padre había estado en casa de Marañón, cuando fue Romanones a negociar la salida del Rey y todo eso...

-Sí.

-Y yo no sé que había pasado que me había quedado sola y llegó una señora amiga nuestra que tenía coche y me fui con ella a ver toda la bulla de la calle. Y llegue hasta la Puerta del Sol... ¡Fijese que casualidades! Mi hermano Miguel vio a mi tío Eduardo, que fue el que puso la bandera...

-En Gobernación, la actual Dirección General...

-Era muy ágil, un hombre muy «echao p'ante»...

-¿Qué edad tenía entonces?

-Pues once meses más que mi padre.

-Casi cincuenta, cuarenta y nueve años...

-Pero era un hombre mucho más deportista que mi padre, alto, rubio, muy distinto, muy Gasset, de ojos azules, ¡con mucho pelo!, rubio, muy distinto que mi padre, que era del lado andaluz de la familia...

-Su padre fue calvo muy pronto.

-A los diecinueve años.

-El lado andaluz de la familia, ¿cuál era?

-Los Chinchilla, de Málaga.



Soledad Ortega: «La Fundación tiene una misión primordial que es la de contribuir a la perduración y difusión del pensamiento de Ortega.»

Ortega cuando fue repuesto en su cátedra, tras la caída de la Dictadura primorriverista.

-Hay una cosa muy exacta, que dice su padre en el «Epistolario» en una carta a Navarro Ledesma. Así dice: «Yo tenía una parienta vieja y andaluza para quien la palabra hombre quería decir un cavador, un zapatero de portal, un albañil, etcétera... Y esto es así, porque yo que soy andaluz, cuando era niño dividía a las personas en «pobre», «hombre» y «señor». En tonces llegaban todos los días muchísimos pobres pidiendo a la puerta...

-¿Sabe a qué responde eso? Pues que su tía María Chinchilla, cuando era pequeña, entró alguien en la casa y le preguntaron quién era y dijo: «¡un señor hombre!», porque era una cosa intermedia. ¡Así que eso que dice usted es exactísimo!

-Bien, estábamos con la República.

-Pues salí a ver toda la bulla. Y mi hermano Miguel se metió en la Puerta del Sol, en medio de todo. Y tío Eduardo que fue el que subió a

atar la bandera, en lo alto del cimborrio ese, del reloj, y es curiosísimo: que lo viera Miguel desde abajo no era nada raro ¡pero tío Eduardo, desde arriba, vio a Miguel en medio de esa multitud! Allí estaba el sobriño, todavía jovencillo...

-Veinte años tenía...

-Nació el once, iba a cumplir veinte años. Estaba estudiando medicina.

-¿Es médico de estómago?

-Sí.

-¿Y José?

-José es ingeniero agrónomo. Al no venir mi padre, después de la guerra, se dedicó a la editorial.

-¿Usted en la carrera milita en la FUE?

-Yo militaba en la FUE, como todo el mundo, pero no especialmente. La Facultad era muy tranquila: casi todo faldas largas y faldas cortas; curas, monjas y mujeres, muy pocos hombres. Estuvimos además aislados en la Ciudad Universitaria.

-El 18 de julio le coge aquí en Madrid. ¿Esperaba usted lo que iba a pasar?

-Se mascaba, lo que pasa es que uno no se imagina nunca que las cosas se van a complicar hasta ese punto, que se va a producir una guerra civil.

Costumbres y enfermedad

-¿Cómo trabajaba su padre? ¿era madrugador?

-Era muy madrugador, pero trabajaba sentado en la cama, fumando... Tomaba café a las seis de la mañana...

-Fumaba muchísimo.

-Muchísimo. Sesenta pitillos diarios.

-¿Tabaco negro o tabaco rubio?

-¡Negro, negro!

-Liado o no.

-Unas veces liados y otras no. Se lo traían de la tabacalera, esas ruedas que había, otras veces tenía esas máquinas de hacer pitillos...

-A veces usaba boquilla.

-Luego ya sí, luego cuando le dijeron que era malísimo y tal, usaba una boquilla con el filtro y tal, ya entonces el pobre se defendía con esas cosas... No fumó tabaco rubio hasta que fue a la emigración y no encontraba tabaco negro.

-Tabaco y café, muchísimo. Beber, en cambio, bebía poco.

-Nada. El vino en la mesa, nada...

-¿Y era buen comedor?

-Era de poco comer, pero era una persona que gozaba con la comida y exquisito y buen «gourmet», eso sí. Y muy español en la comida. Eso le choca a uno, porque hay que ver lo

adscrita al terruño que estaba esa generación. Los hijos, nosotros, hemos sido ya más internacionales.

-Bueno, él tiene una carta desde Alemania donde cuenta lo horriblemente mal que allí comen todos: pobres y ricos... Cuando era estudiante.

-Pero ahí todavía era muy joven. Pero en la emigración ya era un hombre mayor y tenía una añoranza por las cosas españolas de comida que yo no la sentía ¡a mí me chocaba! ¡Y lo mismo Marañón, y lo mismo todos!

-Cuando el exilio estuvo muy enfermo.

-En plena guerra española se puso gravísimo, gravísimo...

-El tenía mal el duodeno.

-Tenía unos cálculos y un cálculo le obstruyó el colédoco y tuvo una septicemia. Se estaba muriendo, muriendo... Y entonces no había penicilina, claro, y Marañón y Hernando que estaban en París (estábamos todos) llamaron al mejor operador que era Gosset y al mejor clínico que era Abrahami, un judío que luego no sé si murió en la guerra o se suicidó, y lo vieron y dijeron «Es mejor no abrir a este señor, porque sería hacer una autopsia. Está muerto». Y entonces Marañón les dijo una frase que se hizo luego famosa: «Es que usted no sabe lo que es un celtibero».

-¡Ja, ja, ja!

-Fue una operación larguísima, pero salió adelante.

-Esto fue en 1938, estuvo un año casi sin escribir.

-Fue una convalecencia muy larga. Fue a convalecer a Portimao.

-En el Algarve.

-Luego se puso mejor. Volvió a París y nos fuimos a Buenos Aires, en septiembre del 39. Estalló la guerra hoy y el día antes llegamos a Buenos Aires. Sonaron las sirenas de «La Nación» y de «La Prensa», que pagaban entonces una multa de quinientos pesos, que era muchísimo, pero lo pagaban a gusto porque con esa cosa dramática del sonido de las sirenas anunciaban que había estallado la guerra en Europa...

-Perdone un inciso (que no quiero que se me olvide esta pregunta): ¿él escribía con pluma estilográfica o cómo?

-El escribía siempre con pluma de mojar en el tintero, con plumilla. Unas plumillas de una punta cuadrada que se hacía hacer, que se encargaba él, y no compró la primera estilográfica hasta la emigración.

-¿Y máquina de escribir?

-Nunca. En la emigración tuvo que fumar tabaco rubio y usar pluma estilográfica. Toda su obra está escrita a mano.

Amor y muerte

-¿Su madre cuando murió?

-El año pasado.

-Es verdad, ahora me acuerdo. Fue en Montesquiza.

-Le ha sobrevivido veinticinco años. Por eso ha sido más la casa de mi madre que la de mi padre. Para él fue apeadero. Mi padre decía: «A España no se puede volver, más que como un barco viejo: a encallar y a morir.» Y eso hizo, claro.

-Su madre fue la única novia que tuvo su padre.

-La única. Desde los dieciocho. Ellos tenían dieciocho y él diecinueve años cuando se hicieron novios.

-¿Y cómo se conocieron?

-Pues en Madrid, en el Retiro, creo, o algo así. Madrid era pequeño y este tipo de familias tenían una relación...

-Era un Madrid de medio millón de habitantes o algo así, claro.

-Luego pasaron un noviazgo de seis años, que entonces era una cosa muy acostumbrada, y los años de Alemania escribiéndose mucho (toda esa correspondencia se ha salvado)...

-¿La van a editar, también?

-Bueno: si no todo, por lo menos parte, sí. Eso lo tengo en el Archivo. Porque realmente ese espectáculo de esa juventud de mi padre, abrasada en su vocación, lleno de entusiasmo y fervor, ¡qué da gusto, vamos, leerlo!

-Oiga: ¿y entre los textos inéditos de su padre no hay nada de memorias? Esas memorias que él prometió algunas veces...

-Esas memorias no llegó a escribir las nunca. Lo que hay es mucho epistolario, que se puede reconstruir parte de su vida por él, y están los cursos universitarios inéditos que son los que va a sacar ahora Paulino Garagorri...

-De hecho «El tema de nuestro tiempo» está hecho con los apuntes que tomó en clase Fernando Vela... Y esto fue un intento de memorias. (Como esta conversación no sale por televisión, he de decir al lector que «esto» que yo señalo son las «Memorias de Mestanza», apenas veinte páginas, de un viejo libro familiar: «Ideas y creencias», Colección Austral, de Espasa Calpe Argentina.) Y Rubín de Cendoya, que fue un seudónimo que él utilizó...

-Sí y el guía que les acompaña que está localizado en Sigüenza...

-Es en «Tormenta en Sigüenza», creo... ¿El Olmedo que saca en «Estudios sobre el amor» puede ser traidor suyo?

-Entonces tenía algún amigo asturiano que era hombre de negocios e

inteligente con el que hizo excursiones, podría ser ese...

-Claro, este Olmedo era banquero o algo así. ¿De quién recuerda usted que Ortega fuera más amigo: de Baroja, de Marañón...?

-De Marañón, de don Teófilo Hernando muy amigo también...

-Don Teófilo era mayor que todos ellos.

-Sí, don Teófilo era mayor y don Gregorio un poco menor, dos años.

-¿Quién atendió a Ortega cuando murió? ¿Marañón?

-Todos. Marañón, Teófilo Hernando, le operó...

-Duarte, Plácido Duarte.

-Le abrió y le cerró, vamos, no había nada que hacer.

-Murió de cáncer.

-Murió de cáncer de digestivo que es muy rápido y no produce grandes dolores. Del diagnóstico (que se lo hizo mi hermano) a la muerte un mes. Mi padre había pasado por la finca que teníamos mi marido y yo en Tierra de Campos y ya muy inapetente y sintiéndose mal, pero sin grandes dolores ni nada. Y dijo Miguel «que te tengo que ver, papá» y tal. Y nos llamó al día siguiente y nos dijo «he visto a papá y tiene un cáncer y se muere dentro de un mes, veniros».

La confesión

-Sobre la confesión ¿quiere usted hablar algo o prefiere no hacerlo?

-¡Nada de confesión! Eso es una de las campañas inicuas de los periódicos, de las cosas tremendas que pasaban en la dictadura. Nada de nada. Vivió toda su vida muy seriamente y mientras tuvo su conciencia... No era un idiota: un hombre de setenta y dos años, que lo van a operar, que se siente mal, que ve alrededor a España entera porque aquello era la locura en el sanatorio, aunque no entraban en su cuarto...

-¿En qué sanatorio estuvo?

-En el Ruber... Y que ve todo eso, no va a ser tan idiota que no piense «yo me puedo morir», y si hubiera tenido interés en ver a algún sacerdote pues lo hubiera llamado y no lo hizo. Hubo un cerco tremendo, se vinieron los obispos... Y nosotros defendimos su intimidad y defendimos el que no se le molestara... La víspera de operarse dijimos: «¿quieres que entre alguien, papá, están ahí los amigos?»; y dijo: «Julito», que es Julio Caro Baroja, a quién él quería mucho, el sobrino de don Pio. Y entró un rato Julito, como nosotros le hemos llamado toda la vida, y estuvo



Machado, Marañón, Ortega y Pérez de Ayala, el 14 de febrero de 1931 en Segovia, en un acto del teatro Juan Bravo de la Agrupación al Servicio de la República.

hablando con él. Y le operaron al día siguiente y ya entró en picado, claro, y hubo un momento en que perdió ya la consciencia, y entonces en ese momento hay esa fase en que el enfermo, que está obnubilado, repite lo que le preguntan. Y entonces si la monja que le estaba cuidando le preguntaba «Don José ¿cree usted en Dios?», pues decía lo que sea, lo que le repitiera, pero vamos, ya... Y una vez que mi madre le dijo alguna cosa, que está aquí, ¿quién era? el padre Félix...

-El padre Félix García.

-No sé quién, pues dijo «¡Dejaros de tonterías!», en un momento de lucidez. Así que no...

-Usted, el matrimonio de su padre y de su madre ¿cómo lo recuerda? ¿se llevaron muy bien?

-Sí, sí. Fue un matrimonio de gran éxito, porque mi madre tenía una discreción y una bondad enorme y fue un matrimonio de unión, de juventud, que son los matrimonios a veces duraderos ¿no? porque se han entendido muy bien de jóvenes y han funcionado muy bien. Mi madre era muy sana de cuerpo, todo lo contrario que mi padre que tenía muy mala salud; mi madre era muy sana, muy joven, muy bella, una persona muy fácil que no le puso ningún problema jamás y que tuvo una enorme discreción y le dejó su libertad de movimientos y eso y, claro..., así fue un matrimonio de éxito...

-¿Era difícil estar casada con Ortega?

-Pues quizá para otra mujer a lo mejor lo hubiese sido, pero mi madre en eso supo hacerlo muy bien, siempre estar casada con un hombre que tiene una dimensión pública tiene su dificultad...

-No tanto como estar casada con Juan Ramón...

-La pobre Zenobia en eso fue ejemplar y maravillosa.

-¿Si quiere usted decir algo más...

-De lo que decía antes. Hubo un

homenaje en la Universidad después de la muerte y nosotros, como en la prensa prohibían publicarla, enviámos a Ruiz Giménez, entonces ministro, una carta diciéndole lo que había pasado (la carta circuló por América) y que por eso aunque reconocíamos la buena intención del homenaje no podíamos asistir ninguno de los tres hermanos. Eso queda como un documento que probablemente se publicará en su biografía... Lo único que hubo fue que cuando él estaba absolutamente inconsciente, mi madre que sí es católica, que era católica, dijo «yo no he interferido nada en la vida de vuestro padre, no me he metido nunca en nada, le he respetado todo», pero hay una cosa que se llama la absolución sub condicione, que se da a un moribundo que se encuentra tumbado en una carretera (que no se sabe si es protestante, si es musulmán o lo que sea) por si le sirve, porque la Iglesia tiene fórmulas para todo, es listísima...

-Ya lo creo...

-... ¡por si le sirve! Y entonces nos dijo mi madre «eso quisiera que se le hiciese a vuestro padre». Entonces dejamos pasar al padre Félix García para que hiciera eso. La absolución sub condicione, en la cual mi padre no intervenía para nada, claro... Y de ahí sacaron lo que sacaron, porque a la gente le encanta sacar cosas.

-Otra cosa que quería preguntarle antes: lo del «año indumentario». ¿Cómo era su padre para la ropa?

-Era muy de arreglarse, muy de cuidarse...

-Un poco dandy ¿no?

-Muy de su época, muy afilado. Claro: no perteneció a la época del desnudismo. Iba a la playa con su «canotier», con su cuello duro...

-¿Se bañaba?

-Nada, nada, no era nada bañista.

-Ustedes, si se bañaban, claro.

-Sí, sí.

-Pero su madre, no.

-Mi madre sí, aunque no era gran

nadadora. Lo de mi padre era típico de la época.

-Es verdad. Ya años después, cuando yo era pequeño, llevaba mi padre en la playa un albornoz que parecía de Jo-meini, hasta los tobillos...

-Igual que Julio Caro en Churriana, en Málaga.

Política

-Su padre, en el «Epistolario» publicado por Revista de Occidente, se declara socialista en un momento dado.

-Yo me acuerdo que, siendo yo muy niña, le pregunté (por esas cosas que viene uno del colegio y se conoce que los niños han hablado «pues mi padre es tal y mi padre es cual») y le pregunté «Papá ¿y tú qué eres?» Y me dijo «Mira, yo socialista, lo que pasa es que no pertenezco a ningún partido»...

-Pero después estuvo más próximo a Melquiades Álvarez, por ejemplo.

-Sí, el reformismo le ilusionó hasta un momento en que todos ellos se desilusionaron porque no cumplió las promesas...

-El le fue a pedir una firma a Juan Ramón...

-Sería por la de la Liga de Educación Política...

-Creo que sí...

-La concepción del mundo de toda esa generación era socialista. Lo que pasa es que algunos se metieron en el partido, como Fernando de los Ríos y Besteiro, y otros no se metieron. Porque mi padre era incapaz de estar metido en un partido...

-¿El se quedó decepcionado por no haber sido ministro o presidente de la República?

-Nada de eso, nada. No sentía la política directa. ■ V.M.R. (Fotografías Ramón Rodríguez, Archivo Fundación José Ortega y Gasset y TRIUNFO.)